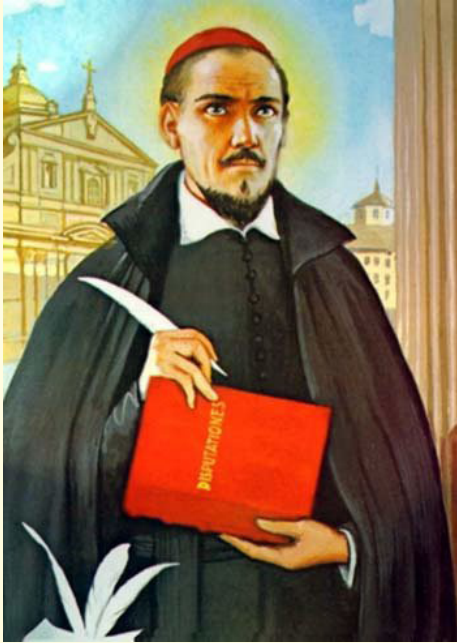


EL HOMBRE Y SU CIRCUNSTANCIA

Aproximarnos a la trayectoria personal de Roberto Belarmino es como una inmersión en la historia europea del s.XVI y XVII, ya sea en la dramática ruptura de su unidad religiosa, a causa de la Reforma protestante y de la consiguiente Reforma católica de Trento junto al nuevo dinamismo impreso por la recién fundada Compañía de Jesús, ya sea en las implicaciones políticas que ello acarreó y que obligó a redefinir la función y la potestad del Papa en el orden temporal. Al mismo tiempo la nueva visión del universo (heliocentrismo) provocaba una conmoción en la lectura habitual de la Escritura. Pues bien, en todos esos frentes tuvo un papel muy activo el jesuita, y luego obispo y cardenal Belarmino. Lo comprobamos leyendo el breve resumen de su vida, que E. Lodi nos facilita.



Nació en Montepulciano, región de Toscana (Italia), de noble familia (sobrino del papa Marcelo II), y entró en la Compañía de Jesús en 1560; después estudió filosofía en el Colegio Romano, más tarde teología en Padua y por fin en Lovaina. Aquí, en la célebre universidad (que era rival de París), después de haber sido ordenado sacerdote en Gante en 1570, fue, de alumno, profesor de teología durante su estancia de siete años (1569- 1576). Por motivos de salud volvió al Colegio Romano (la futura Universidad Gregoriana) como maestro de teología, donde enseñó doce años (1576-1588) y publicó sus *Controversias* (cuatro volúmenes), que posteriormente alcanzaron varias ediciones. Pero por la oposición de algún detractor, que no compartía su tesis, que negaba al papa un poder temporal directo, tal obra corrió el riesgo de ser incluida en el Índice de los libros prohibidos (1594). Cuando acompañó a París como teólogo a la legación papal, enviada para intervenir en la lucha entre la Liga y Enrique IV, dio ejemplo de gran discreción y piedad. Supo resistir con franqueza a Sixto V en lo tocante a la versión de la Biblia en latín (la famosa Biblia Sixtina) y dictó el prólogo de la edición revisada y corregida de 1592, en tiempo de Clemente VIII.

En 1588 Roberto, de profesor de controversias pasó a padre espiritual del Colegio Romano. El más ilustre de sus «dirigidos» fue Luis Gonzaga, de cuya beatificación se ocupó más tarde. Posteriormente -cuatro años después- llegó a rector del mismo

colegio, hasta que en 1594 fue a Nápoles como provincial de los jesuitas. Clemente VIII lo reclamó a Roma como su teólogo particular, nombrándolo consultor del Santo Oficio y rector de la Penitenciaría. En este tiempo compuso, entre otras obras, sus famosos catecismos: el *Gran catecismo* y el *Pequeño catecismo*, que se convirtieron en los más importantes después del catecismo del concilio de Trento.

Pese a su resistencia, fue creado cardenal (1599) e intervino en la disputa entre jesuitas (Malina) y dominicos (Báñez) sobre la predestinación (*De auxiliis divinae gratiae*), sosteniendo la necesidad de no intervenir incluso contra el papa. Por ello fue alejado de Roma con el nombramiento de arzobispo de Capua (1602), donde fue un pastor modélico durante tres años (1602-1605). Por fin Pablo V, sucesor de León XI (que apenas gobernó un mes) lo mantuvo en Roma, donde se convirtió en teólogo oficial de la Congregación del Santo Oficio y desarrolló una intensa actividad de escritor, de diplomático y de político (en la histórica legación de Francia con el cardenal Gaetani), admirado por todos por su gran simplicidad de vida. En 1616 impuso a Galilei silencio acerca de la cuestión astronómica. En 1621 se retiró a la casa del noviciado de San Andrés del Quirinal. Aquí, confortado por la bendición de Gregorio XV, expiró después de haber recitado el credo. Hoy se le venera en la iglesia de San Ignacio junto a la tumba de san Luis Gonzaga. Su canonización tuvo lugar tres siglos más tarde, en 1930, con Pio XI.

UNA MUESTRA DE SU ESPIRITUALIDAD

Tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia; ¿quién, que haya empezado a gustar, por poco que sea, la dulzura de tu dominio paternal, dejará de servirte con todo el corazón? ¿Qué es, Señor, lo que mandas a tus siervos? Cargad –nos dices– con mi yugo. ¿Y cómo es este yugo tuyo? Mi yugo –añades– es llevadero y mi carga ligera. ¿Quién no llevará de buena gana un yugo que no oprime, sino que halaga, y una carga que no pesa, sino que da nueva fuerza? Con razón añades: Y encontraréis vuestro descanso. ¿Y cuál es este yugo tuyo que no fatiga, sino que da reposo? Por supuesto aquel mandamiento, el primero y el más grande: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón. ¿Que más fácil, más suave, más dulce que amar la bondad, la belleza y

el amor, todo lo cual eres tú, Señor, Dios mío?

En verdad es muy grande el premio que proporciona la observancia de tus mandamientos. Y no sólo aquel mandamiento, el primero y el más grande, es provechoso para el hombre que lo cumple, no para Dios que lo impone, sino que también los demás mandamientos de Dios perfeccionan al que los cumple, lo embellecen, lo instruyen, lo ilustran, lo hacen en definitiva bueno y feliz. Por esto, si juzgas rectamente, comprenderás que has sido creado para la gloria de Dios y para tu eterna salvación, comprenderás que éste es tu fin, que éste es el objetivo de tu alma, el tesoro de tu corazón. Si llegas a este fin, serás dichoso; si no lo alcanzas, serás un desdichado. (*Sobre la ascensión de la mente hacia Dios*)